



G. MENNEN CHEMICAL CO., Newark, N. J., U. S. A.

# La Gitana

POR XAVIER DE MONTEPIN  
RAMON SOPENA, EDICOR  
Provenza, núms. 93 al 97. Barcelona

98

fiera. ¡Oliverio está perdido! ¿En dónde está, Joselyne? En nombre del Cielo, ¿qué han hecho de Oliverio?

Entonces sus extraviados ojos fijáronse con espanto en sus vestidos y en el suelo manchados de sangre, y se levantó lanzando un grito.

— ¡Sangre! — balbuceó. — ¡Sangre! ¿Se han muerto esos miserables! ¡Oh! ¡Oliverio mío, amado de mi corazón, te seguiré a la tumba!

— Señora — dijo apresuradamente la fiel criada, — nadie ha atentado contra la vida del señor L. vaillant.

— ¡Pero esta sangre es suya!

— Sí señora; pero ha sido el señor que ha querido matarse, porque os creía muerta.

— Joselyne, no me engañes: ¿vive aún? A dónde le han llevado?

— A Saint-Nazaire.

— ¡Vivo o muerto quiero verle! Y sin tomar siquiera un abrigo, se lanzó rápidamente hacia la puerta.

— ¿A dónde vais, señora? — dijo Joselyne con voz suplicante. — ¿Olvidáis el crimen que ha cometido?

— Sí, lo olvido y lo perdono. ¿Crees que no tengo corazón, como la otra?

— ¡No os vayáis, mi querida señora; vuestro puesto no está allí!

— ¡Mi puesto está al lado del que amo y que va a morir porque me amaba a mí sola, Joselyne! Su corazón me pertenece; su odio pertenece a la otra.

Y sin hacer caso de las lágrimas y ruegos de su fiel criada, Dinorah salió de la casa, desapareciendo en las tinieblas. Algunos minutos después llegaba a la hostería, en la que penetró, hallándose frente a frente con maece Lehuédé, que al verla entrar pálida, anhelante y con el cabello suelto, se quedó parado, lleno de estupor y emoción.

— ¿En dónde está? — preguntó la joven.

— Arriba — contestó maquinalmente. — Pero en nombre del cielo no subáis, señorita!

La joven vaciló.

— ¿Ha muerto? — preguntó con voz ahogada.

— No.

— Entonces ¿por qué me aconsejáis que no suba?

— Porque... porque... la otra está arriba.

— ¡Qué tengo que ver con eso! ¡Oliverio pertenece a la otra, pero yo soy suya!

Y con paso rápido subió la escalera, empujando la puerta entornada de la habitación en que Oliverio estaba tendido sobre una cama. Dos personas estaban allí sentadas: el agente de policía y Carmen. Esta, siempre con su traje de hombre, miraba con impasibilidad el rostro, tan pronto lívido como rojo, del herido, y escuchaba las frases incoherentes que el delirio arrancaba de sus labios.

— Anunciata — decía el desdichado joven — tú no eres una criatura humana, eres un aborto del infierno... ¡Esposa adúltera, envenenadora, me causas horror.

Huye de mi presencia, miserable! ¡Ocúltate, te maldigo!

De repente su fisonomía mudaba de expresión. El desprecio y la cólera desaparecían, y murmuraba:

— ¡Dinorah, ángel del Cielo, dulce y casta virgen, mi adorada Dinorah, te amo con toda mi alma, a nadie he amado más que a ti!

La gitana, al oír abrir la puerta, se volvió bruscamente y reconoció a su rival. Sus cejas se contrajeron, perdiendo por un momento sus admirables facciones su hermosura; sin embargo, contuvo la ira, y afectando dulzura y piedad, dijo:

— ¿Qué venís a hacer aquí, desgraciada niña?

— ¡A llorar y a rezar junto a vuestra víctima!

— Os perdono vuestras temerarias palabras, hijas de vuestra desesperación; pero, ¿qué culpa tengo yo de lo que os sucede?

— Hasta cierto punto, quizá tengáis razón; mas sois cruel y culpable con el que sufre y muere por culpa vuestra. ¡Y todavía contempláis con indiferencia su agonía...

— ¿Qué os importa? Ese hombre es un infame; os ha engañado cobardemente.

— Vos misma habéis visto que es todo lo contrario, puesto que siempre me ha dicho que me amaba, y aun en su delirio lo repite. ¡Escuchadle escuchadle! Oliverio repetía en aquel momento:

— ¡Cuánto te amo, mi adorada Dinorah!

— Tal vez su amor sea vuestro — repuso Carmen; — pero su nombre me pertenece; soy su legítima esposa y en virtud del derecho que me asiste, os mando salir de aquí; ¡vuestro sitio no es este!

— No me iré de aquí; desconfío de vos. Odiais a Oliverio y deseáis su muerte... ¡Sóla con él sería capaz de matarle!

— ¡El doctor no os permite raciocinar, desgraciada! Estáis loca.

— No, señora; disfruto de sano juicio; por eso leo claro en vuestra alma.

— ¡Vuelvo a repetiros que salgaís de aquí!

Rechazo abandonar a Oliverio. ¡Quiero que viva!

— Vivo o muerto, sólo a mí me pertenece.

— Hasta el momento en que los jueces hayan pronunciado su sentencia, a mí pertenece tanto como a vos.

— ¡Posesión efímera y que terminará con el suplicio del que amáis!

— Siendo así sólo será mía, porque moriremos a un tiempo, y Dios nos mirará en el Cielo!

— Si aita de Kerven — repuso Carmen colérica, — ya que así os empeñáis, olvido vuestra juventud y vuestra desgracia, y puesto que os atrevéis a sublevar mi ira, no veo en vos más que a la manceba de mi marido. En dónde él está hoy es mi casa ¿verdad? ¡Salid, pues!

— De aquí no saldré sino por la fuerza; mandad a los soldados que os acompañen que me prendan, pues de lo contrario, no me alejaré de este lecho de dolor.

Y la desventurada joven, mirando con desprecio a la gitana, se arrojó delante del lecho del herido, cogiendo una mano de

Oliverio y apoyando en ella sus labios.

El furor más violento invadía el alma de la falsa Anunciata.

— Caballero — dijo al agente, que durante la precedente escena no se había movido de su sitio, — ya habéis presenciado lo que acaba de ocurrir. Obligad a esta joven a que salga de aquí.

El interpelado se levantó y respondió con calma:

— No haré tal cosa, señora.

— ¿Por qué?

— Porque mi única obligación es vigilar a mi prisionero para que no trate de evadirse. No veo por qué he de alejar a esta inofensiva joven; y además, nadie en el mundo me obligaría a arrancar violentamente de delante de esa cama a esa desgraciada niña. Podéis mandar eso a los soldados que están abajo; pero estoy segurísimo de que ninguno de ellos os prestará su apoyo.

— Esta noche — murmuró Carmen con ira reconcentrada, — me venciéis; ¡mañana tomaré mi desquite!...